

PALABRAS PARA REENCONTRAR EL ALMA DE CHILE

Mientras redactaba el prólogo para este libro, rondaba en mi interior esa idea de que las cosas -el mundo- no existen si no pasan por la sensibilidad del ser humano que las mire, que las interprete y que, en última instancia, las explique a través de gestos, de palabras.

El lenguaje humano, en todas sus expresiones, es el puente a través del cual se desarrolla la especie. Es un circuito de retorno, de ida y vuelta con el medio que rodea al hombre. Es evidente que, en el proceso de su construcción, las sociedades crean un tipo especial y particular de lenguaje, que las define y, al mismo tiempo, da vida y moldea a un nuevo entorno, ya sea para bien o para mal.

En esta dinámica, que tiene al lenguaje como objeto y sujeto de evolución, la palabra juega un papel fundamental como modelador cultural. Cuan decisivos han sido en el devenir de la humanidad textos como la Biblia, el Código de Hamurabi, el Corán, los Veda. Obras que a través de la palabra, primero hablada y luego escrita, no sólo han sido un espejo filosófico, social y/o político de sus respectivas épocas, sino que han marcado de manera decisiva el curso de la historia de la humanidad entera.

Sin embargo, ¡que gran desconfianza hemos llegado a tenerle a las palabras!... Incluso las anatematizamos con dichos tan superficiales como el consabido “Hechos y no palabras”, que las van antagonizando a la acción y las alejan cada vez más de nuestros labios y de nuestras conciencias. Pareciera que ellas ya no nos sirven para alimentar el pensamiento y como herramientas de comunicación. Aún más, damos por perdida su vigencia frente a la imagen, que se ha ido instalando con fuerza inigualable como el único aparente soporte idóneo y exitoso para ese fin.

A la globalización de los fenómenos de convivencia de la especie humana, respondemos con el arrinconamiento progresivo del lenguaje escrito y hablado. Nuestro diálogo con un texto se hace cada vez más dificultoso y nuestro vocabulario se empobrece a pasos agigantados.

Nuestra expresividad se restringe y se apoya cada vez más en forma casi exclusiva en lo gestual, que va adquiriendo así una trama casi infinita de subentendidos. Esto, sin lugar a dudas, agudiza la precariedad de la base sobre la cual se construye un verdadero intercambio cultural en condiciones de equidad.

No sólo los hechos hacen la historia. ¿Qué función cumple la palabra escrita en la literatura, en la poesía y la prosa, si no es la de aportar una mirada sensible, aguda y crítica de la historia?. Esa palabra nos permite construir una infinidad de interpretaciones de la realidad, todas válidas, a partir de las cuales el hombre puede redefinir, rearmar y, en último caso, reinventar su propio universo.

Siempre me ha intrigado, y maravillado a la vez, la idea de imaginar cuan disimiles pueden llegar a ser los universos que cada uno de nosotros concibe en su interior cuando recorremos las páginas de un mismo libro.

¿Cuántas versiones del Macondo de García Márquez, deambularán por ahí?... Cientos, miles, millones. Tantas como lectores pueda haber de Cien Años de Soledad, ya que los libros tienen esa virtud de permitirnos crear, en completa libertad, nuestras propias imágenes de la historia contada.

Hoy, al presentar “Chile: Los desafíos éticos del presente”, estamos frente a una tentativa llena de posibilidades y riesgos. Aquí se reúnen, en una sola publicación, diferentes voces y dispares opiniones acerca de una situación tan compleja y llena de matices y contradicciones como es la del Chile que hoy vivimos. Los escritos que dan forma a este volumen, representan parte importante de la reflexión que, en varios ámbitos de nuestra vida nacional, se está dando acerca de nuestra supuesta identidad cultural y de las dificultades que implica el tratar de convivir en una relativa armonía, a pesar de las evidentes diferencias de opinión y de objetivos que se manifiestan a la hora de proponer un sistema de relaciones sociales más equitativo en todos sus aspectos.

Basta entrar en contacto con la gran cantidad de ideas disímiles que ahí aparecen y que proponen, cada una, visiones de la realidad tamizadas por el filtro de diversas individualidades, para darnos cuenta de que este compendio de subjetividades es un ejemplo emblemático de la pluralidad que caracteriza nuestra actual sociedad.

Es un reflejo, una síntesis de lo que en verdad somos, en las puertas del siglo XXI, en la que cada uno de los autores nos revela su personal visión y acota los desafíos éticos que enfrentamos en el camino de construcción de nuestra identidad chilena. Cada uno de esos 46 autores, al dar forma a esta especie de rompecabezas, se cuestiona sobre la posibilidad real de que en nuestro país se logre construir una sociedad de personas más libres, solidarias y creadoras, que incorpore en plenitud, en un proyecto común, a los 15 millones de chilenos y chilenas que conforman la nación.

Sin embargo, mi opinión personal es que estamos, de nuevo, en presencia de otro macro-diagnóstico, que nos puede dar ciertas luces solamente si estamos dispuestos a relizar un trabajo serio de análisis y de comparación de los heterogéneos textos consignados en esta publicación.

Porque es, sin lugar a dudas, como toda obra humana, algo que trasciende la intimidad intelectual, ideológica y espiritual de sus autores. Pero, aún más, es el paradigma del libro instrumento. Es una obra que nos enfrenta a nuestra condición de lectores y pone ante nuestros ojos y en nuestras manos una tremenda responsabilidad.

Cada una de sus páginas plantean una interrogante, a quien las recorre, sobre cómo podemos pasar de una pluralidad abstracta de co-existencia al pluralismo participativo de una efectiva con-vivencia, que nos transforme en sujetos, integrantes activos de la sociedad.

A partir de las biografías teórico-intelectuales de cada autor, se construye un espacio de pensamiento que expresa, en grado significativo, la resonancia de las voces y de las visiones de la mayoría de los pensadores y artistas de nuestro país.

Pero está en nosotros como lectores, en nuestra capacidad de fundir estas múltiples reflexiones en un punto de vista propio y muy personal, la posibilidad de crear una visión más global respecto a la realidad que estamos construyendo y que nos permita trasladar el cuestionamiento ético de los autores a toda la sociedad chilena.

En última instancia, creo que el gran desafío que este libro enfrenta es el de traspasar a la comunidad chilena la inquietud, la certeza de que ese desafío ético existe y que nos toca a todos por igual. Por eso las palabras que componen estos textos pretenden cuestionar a quien las lee.

Se trata de un libro vivo.

Este es un libro que contiene juicios, a veces muy severos, acerca de nosotros mismos y eso me parece muy bien, porque es muy importante que en Chile por fin nos atrevamos a expresar juicios sabiendo, por supuesto, que no son definitivos ni inamovibles ni menos susceptibles de ser impuestos, como única verdad, a la sociedad entera.

Al enfrentarse con cada uno de estos textos, lo importante es no antagonizarlos unos con otros, sino que aprehender la parte de verdad que encierra cada uno de ellos. Sólo la suma de miradas desde distintos ángulos nos puede entregar una visión más certera de nuestro interior y de nuestro entorno. Se trata de un gran rompecabezas, que cada lector tiene que armar no sólo en su mente, sino que también en el corazón.

Este libro no es para ponerlo a descansar en una estantería. Es, más bien, para que duela, para que nos ponga en jaque y nos exija una respuesta personal respecto al tema del Chile que enfrentamos y el Chile que queremos para el nuevo siglo. Ojalá que cada uno de nosotros se vea como un potencial autor número 47, no sólo dispuesto a construir una visión personal, enriquecida por el abanico de sensibilidades que aquí aparece, sino que se sienta impelido a la acción, por la fuerza de la palabra. Sólo la suma de nuestros esfuerzos y de nuestro compromiso personal nos permitirá reencontrarnos con el alma de Chile.

Claudio di Girolamo